

## PRÓLOGO

El manuscrito de este libro –salvo los dos últimos capítulos– estaba terminado cuando abandoné Alemania en 1933, e incluso los dos últimos los escribí hace más de veinte años. Mi primera intención fue añadir al libro un conjunto de notas y un exhaustivo apéndice que debía incluir una parte de la correspondencia y de los diarios inéditos que se encontraban en el Archivo Varnhagen de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Prusia. El Archivo Varnhagen, que además del legado de Rahel contenía abundantes e importantes materiales del círculo romántico,\* se conservó durante la guerra, junto con otros valiosos manuscritos, en una de las provincias alemanas orientales y

\* En este archivo se conservaba una parte del legado de Clemens Brentano, que su hermana, Bettina von Arnim, había entregado, para su preservación, a Varnhagen; los originales de la correspondencia de Friedrich Gentz, publicados parcialmente por G. Schlesier (*Briefe und vertraute Blätter von Friedrich von Gentz*, 1838) y por Wittichen (*Briefe von und an Gentz*, 1909), y también cartas de Hegel y de Wilhelm y Caroline von Humboldt, de Henriette Herz, los Mendelssohn-Bartholdy, Adam Müller, Leopold von Ranke, el príncipe Luis Fernando, Friedrich y Dorothea Schlegel, y Ludwig Tieck –por citar sólo los nombres más conocidos. Véase Ludwig Stern, *Die Warnhagen von Ensesche Sammlung in der Königlichen Bibliothek zu Berlin*, 1911.

no regresó nunca a Berlín; su paradero, que yo sepa, se desconoce. Por lo tanto, me es imposible hoy llevar a cabo mi plan inicial, y he tenido que conformarme con reproducir, a partir de viejas notas mías, de fotocopias y copias, aun sin proceder a una nueva comparación con los originales, lo que me pareció suficientemente fiable. Hay que lamentar, sobre todo, que por esta razón quede otra vez inédito el texto completo de las cartas de Gentz a Rahel, que en los textos publicados hasta la fecha han visto sacrificados a la moral Biedermeier pasajes muy interesantes y muy característicos de la falta de prejuicios imperante en aquella época; mis copias contienen sólo el material adicional necesario para la redacción de esta monografía, cuya mayor pérdida ha sido la copiosa correspondencia entre Rahel y Pauline Wiesel, la amante del príncipe Luis Fernando, compuesta por ciento setenta y seis cartas de Pauline a Rahel y cien cartas de ésta a Pauline. Este epistolario constituía la fuente principal para estudiar la vida de Rahel después de su casamiento con Varnhagen, y en él básicamente se apoyan mis correcciones, por momentos verdaderamente radicales, a la imagen convencional de Rahel que ofrece la literatura consagrada a su persona y a su época. Poco se ha utilizado hasta la fecha dicho epistolario, porque Varnhagen, que había copiado en una letra legible la mayoría de las cartas de Rahel (y estas copias eran parte del Archivo Varnhagen), dejándolas de esa manera listas para la imprenta, sólo copió diecisiete de las cartas a Pauline; los estudiosos que más tarde se ocuparon del legado no tuvieron en cuenta este material, muy probablemente porque la letra de las dos mujeres era difícil de descifrar, y la ortografía de ambas, caprichosa. Carl Atzenbeck publicó una selección de estas cartas en el epistolario de *Pauline Wiesel*.

Aparte de las publicaciones ya conocidas de la correspondencia de Rahel, citadas en la bibliografía, mi estudio se basa en abundante material inédito que contiene también numerosas correcciones y adiciones a las cartas y las entradas de los diarios que Varnhagen publicó en los tres volúmenes del *Buch des Andenkens* (1834).<sup>\*</sup> Es de sobras conocida la desconcertante arbitrariedad de Varnhagen a la hora de publicar o preparar los papeles póstumos de Rahel, arbitrariedad que en algunos casos, poco frecuentes, se manifiesta en interpolaciones y en la destrucción o mutilación de las cartas,<sup>\*\*</sup> en correcciones continuas, eliminación de pasajes esenciales y en los nombres de persona cifrados con la deliberada intención de confundir al lector.<sup>\*\*\*</sup> Sin embargo, nada de esto ha impedido que la concepción que Varnhagen tenía de Rahel, su retrato estereotipado y embellecido, así como las in-

\* Tras corregirlo y cotejarlo con los originales, he entregado mi ejemplar personal, junto con todas las demás copias y notas en mi poder, al Archivo del Instituto Leo Baeck.

\*\* La más famosa de estas interpolaciones, en una carta de Rahel a Varnhagen, consta de varias frases que pretenden hacer creer en la existencia de una relación más íntima con Beethoven. La intención es obvia: se trataba de añadir otro «hombre famoso» al círculo de amistades de Rahel. (En este ámbito, el último «descubrimiento», según el cual Rahel habría sido la «amada distante» de Beethoven, apenas merece ser mencionado: el autor no se propone fundamentarlo con documento alguno, y ni en los epistolarios publicados ni en todo el material aún inédito se encuentra una sola línea que permita arriesgar tal hipótesis. En tiempos de Rahel no era corriente mantener en secreto tales relaciones, y suponer, precisamente en ella, un secreto así, demuestra un absoluto desconocimiento de su persona.) En cuanto a la mutilación de las cartas y sus motivos, véanse los episodios con Clemens Brentano.

\*\*\* Véase la introducción de Heinrich Meisner a la correspondencia, por él recopilada, con Alexander von der Marwitz, 1925, y el epílogo de Augusta Weldler-Steinberg en *Rahel Varnhagen. Ein Frauenleben in Briefen*, 1917.

tencionadas falsificaciones de la vida de su esposa, se hayan impuesto casi sin discusión. En lo tocante a estas últimas, nos interesa sobre todo saber que las supresiones y los engañosos nombres de persona «en clave» debían servir, en casi todos los casos, para que las relaciones y los amigos de Rahel parecieran menos judíos y más aristocráticos, y también para presentar a Rahel bajo una luz más convencional y acorde al gusto de la época. Por ejemplo, es significativo que Henriette Herz aparezca siempre como «señora von B.» o «von Bl.», incluso en los pasajes en que Rahel ya no expresa sobre ella opiniones desfavorables, y que a Rebecca Friedländer, que firmaba sus novelas con el seudónimo Regina Froberg, siempre se la designe «señora von Fr.». Por lo que respecta a las manipulaciones, es interesante señalar que las pocas cartas y extractos de cartas a Pauline Wiesel aparecen retocados o como dirigidos a una tal «señora von V.», con lo que queda eliminado de estos documentos el lugar que ocupó esa amistad en la vida de Rahel.

Para el autor, hablar de su libro siempre tiene algo de incómodo, aun cuando, como en este caso, lo haya concebido hace ya más de media vida. Sin embargo, y puesto que mi estudio está concebido y escrito desde un punto de vista desacostumbrado en el género biográfico, creo que puedo permitirme aquí algunas aclaraciones. Nunca fue mi intención escribir un libro *sobre* Rahel: ni sobre su personalidad, que es posible interpretar y comprender de una manera u otra, con un enfoque psicológico y en categorías que el autor aporta desde fuera, ni sobre su posición en el Romanticismo y el efecto del culto a Goethe en Berlín, del cual ella fue la auténtica creadora; tampoco quise escribir sobre la importancia de su salón en la historia social de la época, ni sobre sus ideas y su «concepción del mundo», en la medida en que fuera posible cons-

truir una a partir de sus cartas. Lo único que me interesaba era contar la vida de Rahel como ella misma habría podido contarla; contar por qué, a diferencia de lo que los demás decían de ella, Rahel se tenía por un ser fuera de lo común; la razón por la cual, en casi todas las épocas de su vida, expresó todo lo que entendía por «destino» en frases e imágenes siempre iguales. Lo que Rahel quería era exponerse a la vida de modo tal que ésta la sorprendiera «como una tormenta, y sin paraguas» («¿Qué está haciendo? Nada. Dejo que la vida llueva sobre mí.»),\* sin utilizar, para protegerse, cualidades y opiniones: sobre las personas que conocía, sobre las circunstancias y el estado de las cosas, sobre la vida misma. De ahí que Rahel no pueda ni escoger ni actuar, pues elección y acción anticiparían la vida y falsificarían el flujo inalterado de los acontecimientos. Lo único que le queda es convertirse en «portavoz» de los acontecimientos, transformar lo acontecido en dicho, y este objetivo se consigue contando, en la reflexión, la propia historia, contándose, una y otra vez, antes y después, a uno mismo y a los demás; así se convierte en destino: «Tiene un destino todo aquel que sabe qué destino tiene.» Las únicas cualidades que para ello debemos poseer o movilizar en nuestro interior son la vigilancia constante y la capacidad de sufrimiento, para así mantenernos sensibles y conscientes.

Rahel definió con gran claridad el elemento romántico implícito en esta empresa cuando una vez, comparándose con los «grandes artistas», dijo: «A mí, en cambio, se me asignó la vida.» Vivir la vida como si fuera una obra de arte, creer que con la propia vida, y «cultivándose», se puede hacer una obra de arte, fue el gran error que Rahel compartió con sus contemporáneos, o quizá sólo el malenten-

\* Nota inédita del Diario (11 de marzo de 1810).

dido respecto de sí misma, inevitable si quería comprender y expresar, en las categorías de su época, su sentimiento de la vida: la resolución de tomar la vida, y la historia que ésta dicta a los mortales, más en serio y como algo más importante que la propia persona.

Por lo tanto, mi retrato de Rahel –por más que, como es natural, se sirva de otro lenguaje y no consista sólo en variaciones sobre las citas– sigue con la mayor exactitud posible sus propias reflexiones, y tampoco se sale de ese marco cuando, en apariencia, surge algo parecido a una crítica a su persona. En todo caso, la crítica se corresponde con su autocrítica, y, puesto que, sin el peso de los modernos sentimientos de inferioridad, Rahel pudo decir de sí misma, y con razón, que no buscaba en vano la aprobación «que yo misma me niego», tampoco tuvo necesidad «de hacerse visitas lisonjeras». Es evidente que en este contexto sólo puedo hablar de la que fue mi intención; pero, dondequiera que haya fracasado, dará la impresión de que se juzgara a Rahel desde alguna instancia superior; en ese caso, no habré logrado lo que realmente quería.

La misma observación se aplica a las personas tratadas en este libro y a la literatura de la época, comentada siempre desde el punto de vista de Rahel; difícilmente se mencionará en estas páginas a un autor al que ella, con seguridad o al menos probablemente, no haya conocido y cuyos escritos no hayan tenido importancia para su propia reflexión. Más difícil es aplicar lo antes dicho a la cuestión judía, que para el destino de Rahel, y según su propia opinión, tuvo un peso decisivo, pues en este punto su conducta y su reacción acabaron determinando la conducta y la mentalidad de una parte de los judíos alemanes cultos, y, por ese motivo, adquieren un significado histórico limitado, que este libro evita justamente abordar.

Los judíos de lengua alemana y su historia son un fenómeno único que tampoco tiene parangón en la historia de la asimilación judía en otros países. Investigar las circunstancias y condiciones de este fenómeno –que, entre otras cosas, se manifestó en una apabullante abundancia de talentos y de productividad científica e intelectual– constituye una tarea histórica de primera categoría, que sin embargo, y por razones obvias, sólo puede acometerse hoy, cuando la historia de los judíos alemanes ha terminado. La presente biografía se escribió, es cierto, con conciencia de la destrucción de la comunidad judía de Alemania (aunque, naturalmente, sin la menor sospecha de la dimensión que iba a adquirir la aniquilación física del pueblo judío en Europa), pero entonces, poco antes de la subida de Hitler al poder, me faltó la distancia en la que el fenómeno se hace visible en su totalidad. Si este libro se considera una contribución a la historia de los judíos alemanes, no puede pasarse por alto que en él sólo se trata un aspecto de la problemática de la asimilación, a saber: el modo en que asimilarse a la vida social e intelectual del mundo circundante repercutió de manera concreta en una vida y pudo convertirse así en un destino personal. Por otra parte, no hay que olvidar que la materia aquí tratada es, desde todos los puntos de vista, histórica, y que hoy es cosa del pasado no sólo la historia de los judíos alemanes, sino también su problemática específica.

Es inherente a la naturaleza del método escogido que determinadas observaciones de carácter psicológico que parecen imponerse se hagan sólo de pasada, y que en ningún caso se comenten. El lector moderno no podrá evitar constatar de inmediato que Rahel no era ni bonita ni atractiva, que todos los hombres con los que tuvo una relación amorosa eran bastante más jóvenes que ella, y que su extraor-

dinaria inteligencia y apasionada espontaneidad no disponían de las dotes que le habrían permitido transformar y objetivar la experiencia; y, por último, que fue una personalidad típicamente «romántica» y que el problema de la mujer –la distancia entre lo que los hombres esperaban de la mujer «en general» y lo que ella podía dar o, por su parte, esperaba– se enmarcaba en la situación de su época y era virtualmente insalvable. Mi estudio, que al respecto menciona sólo lo imprescindible, lo que forma parte del contexto de los hechos biográficos, no podía tomar en cuenta todos esos aspectos, pues de lo que se trataba era precisamente de no querer saber más de lo que Rahel misma supo, y no atribuirle, por medio de observaciones supuestamente superiores, otro destino que el que tuvo y vivió de manera consciente. He evitado, y con plena conciencia, recurrir a esa moderna indiscreción que intenta desenmascarar los secretos ajenos y aspira a saber más o cree descubrir más cosas que las que el otro supo o estuvo dispuesto a revelar, y he renunciado también al aparato –seudocientífico a mi entender, y propio de esa clase de curiosidad– de la psicología profunda, el psicoanálisis, la grafología, etc.

Si me decidí a sacar este manuscrito del cajón al que fue a parar tras una odisea de muchos años, y en el que ha dormido tranquilamente hasta hoy, fue sólo gracias al estímulo y la generosa ayuda del Instituto Leo Baeck (Jerusalén-Londres-Nueva York), que publicó en Londres una versión inglesa de la biografía con un apéndice de cartas y pasajes de los diarios de Rahel inéditos hasta la fecha; tras aparecer el libro en traducción inglesa, no quise dejar de publicarlo en su versión original, y como espero que en la Alemania de hoy exista un interés más que exclusivamente científico y académico por la historia y la fisonomía del judaísmo alemán,

he añadido a la edición alemana una selección de cartas de Rahel y renunciado al apéndice.

Como es lógico, es casi imposible editar un manuscrito redactado hace veinticinco años, y que entonces no dejé listo para la imprenta, con el necesario aparato de notas y referencias a las fuentes que exige la filología. Y, aunque fuera posible, esa labor me llevaría ahora mucho más tiempo y muchos más esfuerzos de los que objetivamente podrían justificarse. No obstante, en la medida de lo posible, esa responsabilidad la ha asumido la Dra. Lotte Köhler, que ha controlado casi todas las citas de mi original, ha confeccionado como ha podido la bibliografía a partir de mis viejas notas, y ha añadido la tabla cronológica. Para esta tarea nos ha faltado aquí, en los Estados Unidos, la bibliografía relativa a Rahel, formada en gran parte por artículos de revistas y ensayos incluidos en obras colectivas. Por último, y con mi colaboración, la Dra. Köhler se ha encargado también de preparar la selección de cartas de Rahel incluida en la segunda parte del libro, y ha corregido, basándose en las notas tomadas por mí en el Archivo Varnhagen, todas las cartas, que sólo poseíamos en la versión de Varnhagen, es decir, tal como éste las publicó en el *Buch des Andenkens* de 1834. No necesito decir cuánto se lo agradezco. Sin su ayuda no habría podido siquiera pensar en publicar este manuscrito.

Nueva York, otoño de 1958